

ton, entre Hipócrates y Brown-Séquard, o Alcmeon y Jung, y así «ad nauseam» Hasta percibimos con algún asombro que en nuestros desencuentros con los patólogos revivía la medieval polémica sobre los universales. Que mientras en ellos reencarnaban los realistas Fridugiso o Anselmo de Aosta, lo hacían en nosotros algunos nominalistas como Roscelino de Compiègne o Guillermo de Occam, y que disentiríamos hasta que, deponiendo las armas, siguiéramos la vía media del realismo moderado de nuestro colega Alberto Magno.

Si, como con mucha modestia nos dijo, en el campo de la historia médica prevaleció primero la «mentalidad Sudhoff», y luego lo hizo la «mentalidad Sigerist», es objetivamente cierto que hoy señorea la «mentalidad Laín Entralgo».

En otro orden de cosas, con la lectura de *La historia clínica*, iniciamos un esfuerzo de auto-comprensión que las sucesivas obras de nuestro homenajeado vertebraron y potenciaron.

Comenzamos por autoubicarnos en un hiperespacio médico multidimensional, de acuerdo a la preeminencia que en nuestro pensar y actuar médicos tenían diversos parámetros citados por Laín. Como si tratáramos de encasillarnos en un sistema de múltiples entradas: mentalidades patológicas; causas: proegúmenas y protocatórticas; actitudes: mágica, científica, personalista; concepciones: biológica y antropológica, etc. Sorprendidos, advertimos que no nos era fácil hacerlo, salvo en lo referente a la actitud «científica», a la que orgullosos, adscribíamos. Con respecto a lo demás, vacilábamos entre la ambigüedad, la incoherencia o el sincretismo. (Como pasa con los nada aristotélicos índices de los libros de patología; por ejemplo, de cardiología, donde aparecen agrupados, «pêle-mêle», capítulos anátomo-patológicos: infarto de miocardio, aneurisma de aorta; fisiopatológicos: insuficiencia cardíaca, arritmias; y etiológicos: sífilis, reumatismo.)

En cuanto a nuestra mentalidad, se nos hizo patente la fidelidad a la escuela francesa, en la que se habían formado muchos de nuestros maestros, donde se habían concebido los estupendamente didácticos textos —que estudiábamos espigando aforismos sonoros y apodícticos— y que ostentaba una pléyade de «patrons» aureolados por prodigios legendarios. (Como la razón por la cual Trousseau preseleccionó como discípulo dilecto a Dieulafoy. Durante un recorrido de su sala enfrentó a una interna en trance de histeria y comentó que la femenina tendencia al exhibicionismo no era ni rara ni moderna: «Bien des femmes ont ce léger travers; elles l'avaient même déjà dans l'antiquité...» Pero al intentar apoyarse en el relato de Ovidio sobre el rapto de las espectaculares espectadoras sabinas, fallóle su renombrada memoria. Pidió auxilio —sin mucha esperanza— al círculo de sus oyentes. Y fue el juvenil provinciano Dieulafoy quien lo socorrió, recitando: «Spectatum veniunt, veniunt spectentur ut ipsae». ¡Como para no deslumbrarnos a los «philistins»!)

De allí que primara entre nosotros, sobre todo en semiología, la mentalidad anátomo-clínica, y que nuestra afinada semiotecnia plurisensorial aspirara a lograr una especie de imagen holográfica de la lesión interna. Y a que sucesivas holografías instantáneas: «congestión»... «hépatisation rouge»... «pleurésie metapneumonique»... fueran poniendo los hitos evolutivos de la enfermedad.

Esta toma de conciencia despertó en nosotros un afán de extensión y desarrollo in-

tegrado de nuestras concepciones. Pero tan sólo como «terminus a quo», lanzado de inmediato hacia un «terminus ad quem» que las sucesivas obras de Laín nos fueron ayudando a configurar.

Asistencia que radicó en su cartesiano afán de claridad y distinción de las ideas. Esfuerzo de comprensión realizado a lo médico, con una modalidad que a todos los clínicos, tan reacios a cuanto parezca inane «hair-splitting», nos cautivó sin reparos. Tanto cuando en vesaliano anatomista intelectual iba disecando —«via remotiois»— un concepto usual de nuestro menester, despojándolo de excrecencias hasta presentárnoslo nudamente, pero conservando sus naturales relaciones e inserciones; en un distinguir sin separar y en una «adunatio sine confusione». Como cuando, histológico «Doctor subtilis», analizaba la recóndita ultraestructura de ese concepto. Y también cuando, Roentgen redivivo, captaba y revelaba su densa almendra, la última «quidditas» que entitativamente lo singulariza. Por dar simple ejemplo, cuando así como al pasar, en *La curación por la palabra*, nos precisó nítidamente la esencial diferencia existente entre la esquilianna «epodé» y la «eukhé»; entre el conjuro y la plegaria; entre la magia, que impera, y la religión, que impetra. Demostrando la sinrazón de quienes «científicamente» postulan que la religión no es sino magia elaborada, «sofisticada», como hoy se acostumbra a decir.

Con esa persuasión convincente, Laín vino a continuar con más vastos alcances territoriales su inicial práctica psiquiátrica valenciana, y a dar también plena confirmación —por lo menos en el ámbito que nos compete y consta...— al diagnóstico que de él hiciera un multi-oóforo comerciante vienés: «von Köpfen verstehen Sie sicherlich viel...». Porque fue sanándonos de diversas esquizo-noesis. A veces, mediante la lenta impregnación «neuroléptica» de muchas páginas; otras por el «shock» instantáneo de una frase fulgurante.

Nos ayudó a percibir, primero, la fractura existente entre la teoría que decíamos sustentar y nuestra práctica cotidiana. Y fuimos aprendiendo el correcto modo de enmendarla.

No nos enervó ni consoló aquello de: «Mal de muchos...» Ni el anoticiarnos de que —¿inevitablemente?— son infieles los fieles profesos del positivismo, comenzando por el «Gran Prêtre de l'Humanité». Ni que el talentoso Freud también había resultado aquejado por la pandemia. (Por una parte, Freud siempre se manifestó discípulo fiel de su amado maestro y «dechado de virtudes», el prusiano Brücke, «embajador en el Extremo Oriente» del grupo berlinés capitaneado por Helmholtz). Según Du Bois Reymond, con Brücke «juramos solemnemente poner en práctica esta verdad: no hay en el organismo humano otras fuerzas activas que las físicas y químicas comunes». Coincidente, Freud afirmó en *Introducción al Psicoanálisis*: «Tenéis la ilusión de una libertad psíquica y no queréis renunciar a ella. Lamento no poder compartir vuestra opinión sobre este punto. Al romper el determinismo universal en un solo eslabón se trastorna toda la concepción científica del mundo». En lógica consecuencia, Freud compartió la fantasía laplaciana del descomunal intelecto —supercomputadora— capaz de reproducir el pasado y predecir el futuro de todos y cada uno de los seres del Universo, incluídos los hombres, meros engranajes microcósmicos del inmenso mecanismo macrocósmico. Pero entró en esquizo-noesis cuando sostuvo que la causa de la histeria era «una representación volun-

tariamente expulsada de la conciencia» y que «el Yo decide el extrañamiento de la representación contradictoria» (*Historia del Psicoanálisis*). O cuando aconsejó «comprometer al sujeto a prescindir de toda reflexión y a abandonarse al curso de sus ocurrencias espontáneas» (*Esquema del Psicoanálisis*). Y también cuando conminó a su paciente: «Expréselo aunque si sienta reacio a hacerlo, o incluso precisamente por ello» (*Autobiografía*). Es decir, que vivencial y existencialmente confesó la libertad, al menos en los neuróticos, y, ado que según el todos somos neuróticos en algún grado, la libertad de todos los hombres... Determinista en teoría, en la práctica reconoció, por condicionada que sea, la «libertas arbitrii», en sus formas clásicas de «libertas exercitii» y de «libertas specificationis...».

El constitutivo afán de coherencia, que a todo hombre mueve, acicateado en nosotros por la lectura de Laín, nos impidió avenirnos a una nueva especie de waihingeriano «Als ob», separando el saber y el hacer «como si» fueran campos independientes entre sí, y nunca confrontables. Menos aún, el recurrir a dos verdades, imperantes en sendos terrenos, como erróneamente se le atribuyó alguna vez a otro ilustre médico-filólogo español: Averroes.

En los textos de filosofía de nuestro bachillerato habíamos leído la importancia que Malebranche daba a la Antropología: «Entre todas las ciencias humanas, la del hombre es la más digna de él...» Y también su pesar por lo poco que se la estudiaba: «Sin embargo, no es tal ciencia ni la más cultivada ni la más desarrollada».

Leímos, asimismo, que Kant había distinguido de la Filosofía académica otra filosofía «in sensu cósmico» que caracterizó como la «ciencia de los fines últimos de la razón humana». Cuyo campo quedaba delimitado por cuatro preguntas: ¿Qué puedo saber?; ¿Qué debo hacer?; ¿Qué me cabe esperar?; ¿Qué es el hombre? Cuestiones a las que pretendían dar respectivas respuestas la metafísica, la moral, la religión y la antropología. Y que Kant concluía: «En el fondo, todas estas disciplinas se podrían fusionar en la antropología, porque las tres primeras cuestiones revierten en la última». (Más tarde, veríamos que, con menos exaltación, Rahner dice: «Toda teología es antropología, y viceversa».)

Ya vocados a la medicina, y soslayando el que Kant hubiera roto la secuencia lógica del sujeto de las preguntas al no formular: ¿Quién soy yo?, tanto como superando el impulso de retribuirle su expreso desdén por los galenos, coincidimos con el enorme hombrecito de Königsberg. Razonábamos: sanar es normalizar; normalizar es acercarse a una norma; norma es el modelo de un ser, con todas sus facultades, sin privación alguna; la antropología, al definir al hombre, nos da esa norma.

Sin embargo, en nuestro curso nunca estudiamos ni se nos enseñó Antropología. Se nos examinó alguna vez sobre el *Phlebotomus papatasi*, el *Glenospora Kharthoumensis*, el *Opistorchis sinensis* o el *Calymmatobacterium granulomatis*; nunca sobre la esencia del *Homo sapiens sapiens*.

Más modesto que Policletes de Sicione, nuestro canon se redujo al «Homme-moyen» de Quételet, configurado según las medias estadísticas de todos los parámetros psicofísicos mensurables.

Pero pronto advertimos que «normalizar» no se equiparaba con el aproximarse al módico Doríforo del matemático belga. Que en nuestro país tiene algo más de dos piezas den-